

Imágenes masculinas y violencia simbólica en *Delirio* de Laura Restrepo

DAGOBERTO CÁCERES AGUILAR

Universidad de Perpignan Via-Domitia, Francia

RESUMEN

El presente artículo es una aproximación a *Delirio* (Laura Restrepo, 2004) en el cual la autora realiza un análisis descriptivo señalando ciertas referencias literales de la violencia simbólica masculina, interiorizada y reproducida en el contexto sociocultural colombiano.

PALABRAS CLAVE: Laura Restrepo, novela latinoamericana, *Delirio*, figuras masculinas, violencia simbólica

SUMMARY

This article is an approach to *Delirio* (Laura Restrepo, 2004). The author makes a descriptive analysis of the novel, pointing out several literal references to masculine symbolic violence, embedded and reproduced in the Colombian socio-cultural context.

KEY WORDS: Laura Restrepo, Latin American novel, *Delirio*, masculine figures, symbolic violence.

Et j'ai aussi toujours vu Dans la domination masculine, et la manière dont elle est imposée et subie, l'exemple par excellence de cette soumission paradoxale, effet de ce que j'appelle la violence symbolique, violence douce, insensible, invisible pour ses victimes mêmes, qui s'exerce pour l'essentiel par les voies purement symboliques de la communication et de la connaissance ou, plus précisément, de la méconnaissance, de la reconnaissance ou, à la limite, du sentiment.

Pierre Bourdieu, 1998.

LOS PRODUCTOS CULTURALES de Laura Restrepo, plurigenéricos (con tintes sociológicos, investigación periodística, crónica y novela), han refractado procesos de la realidad colombiana y su conflicto, con construcciones estético-analíticas que abordan la praxis del fenómeno violencia en espacios sociales o privados, ejercida preferentemente por figuras masculinas. La visión de Restrepo evalúa períodos históricos del conflicto colombiano yuxtaponiendo “lo regional” a “lo nacional”, recreando, a través de las voces de la narración, la estructura exclusivamente androcéntrica del narcotráfico (*Leopardo al sol*, 1993) y este nuevo período de violencia (1960 hasta el presente) injertado en el imaginario social.

Las narraciones intradieгéticas, por ejemplo, explícitas en *Delirio* (2004), hacen un registro de su cotidianidad signada por el abuso del poder simbólico y físico de los hombres, imbricando al tiempo, dentro del relato, referencias a la violencia del contexto social. Los personajes representan y valoran, desde su universo cercano, el mundo social en el que están inmersos. De esta forma, los textos de Restrepo se insertan en producciones culturales literarias que reconstruyen una memoria plural oculta: 1. sobre procesos relativamente recientes del devenir sociohistórico colombiano, pero “implícita en los huecos y silencios de los relatos de la historia”¹ escrita por la clase hegemónica; 2. registrando algunas construcciones sociales identitarias naturalizadas, en el sentido de biologización de lo social.² Es posible leer una contra-historia en estos discursos.

En *Leopardo al sol* (1993) o *Delirio* (2004), las figuras masculinas son complejas, manifiestan cierta profundidad y contradicción ontológica, sin

1. Cfr. Marisa Moyano, 2004.

2. Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Barcelona, Editorial Anagrama, Colección Argumentos, 2007, 5a. ed.

manipulaciones de los caracteres. Alejada de las tesis feministas, la escritora registra a los hombres atrapados en el universo patriarcal, replicadores de una violencia simbólica y fáctica construida por este orden falocrático e inscrita en sus mismas estructuras mentales y físicas. Pienso que el estilo de escritura utilizado en *Leopardo al sol y Delirio*, se circunscribe, según la tesis de Ana Chouciño (2008), a una literatura hispanoamericana que se caracteriza por un “corte no reduccionista que refracta múltiples modelos de masculinidades”. Evidentemente, los modelos planteados por Restrepo no son estereotipados. Chouciño, además, plantea que “se puede leer la literatura hispanoamericana como un macrotexto en el que se van registrando los modelos de masculinidad de cada época”. Las representaciones masculinas registradas por Restrepo, descubren una estructura social rígida, replicada por hombres y mujeres, bajo la hegemonía de la teodicea occidental patriarcal contemporánea.

En estos objetos culturales emergen imágenes nuevas de masculinidades sin la idealización y los lugares comunes de literaturas precedentes. Llena el vacío y responde a la necesidad de un “cambio de la percepción de los hombres ligada a la falta de imágenes culturales o ligada a las imágenes de masculinidad tradicionales”, propuesto por la investigación de Chouciño (2008),³ en oposición a aquellas que la sociedad patriarcal ha creado y sostenido, por ejemplo, con el tópico ‘hombre blanco heterosexual’. La configuración del “estereotipo masculino que proyecta virtudes como poder, honor y valor” y que ha sido “la imagen perdurable a lo largo de la historia”, aparece subvertida en los productos de Restrepo.

Delirio hace referencias literales de construcciones sociales naturalizadas, que el orden androcéntrico ha impuesto simbólicamente para garantizar la división sexual, el ejercicio de la violencia física masculina y la implementa-

-
3. Para Chouciño, la literatura como producto cultural, ha difundido un modelo de masculinidad, configurado con “formas restrictivas y estereotipadas” (citando a Lynne Segal). La investigadora también considera necesaria una redefinición de los modelos fijos y tradicionales de masculinidad que ya habían sido cuestionados en la narrativa estadounidense, inglesa y francesa, pero recientemente también deconstruidos por los estudiosos de los años 70, desligando el concepto de género del determinismo sexual y considerando que “el hecho de ser hombre o mujer, está dado por el contexto cultural de raza, grupo social o étnico”. (Ana Gloria Chouciño, *Representaciones de la masculinidad en la novela hispanoamericana*, Santiago de Compostela, USC, Clases magistrales, segundo semestre, 2008).

ción de la noción de autoridad (desplazada desde el espacio figurativo religioso al universo privado del hogar) consolidada con la idea padre/divinidad.

Uno de los objetos de análisis de Bourdieu, manifiesto en *La dominación masculina* (1998), es la relación entre los sexos y la permanencia o el cambio del orden sexual instituido. Para el pensador francés, estas relaciones jerárquicas (subordinación de lo femenino a lo masculino) en las sociedades contemporáneas, no han experimentado cambios muy sustanciales. Describe, a través del análisis de las estructuras objetivas y cognitivas de una sociedad tipo (los bereberes de Cabilia), el funcionamiento de mecanismos históricos que han deshistorizado, es decir, construido la eternización de la estructura de la división sexual clásica. El discurso de instituciones interconectadas como la familia, la escuela y el Estado, ha hecho posible ese trabajo de eternización en la historia o *naturalización* de la división sexual, haciéndola aparecer como “esencial” e “intrínseca al ser”. Bourdieu (1998), se opone a este proceso de naturalización de la historia y la transformación de la arbitrariedad cultural en natural; pues, el principio de la diferencia entre lo masculino y lo femenino (la organización simbólica de la división sexual en géneros) y la dominación masculina misma, precisamente, tienen un carácter arbitrario y contingente.

Delirio graba algunas construcciones androcéntricas que dominan el mundo de lo sexual circunscribiéndolo a lo prohibitivo, y que remarcan la división de género. El hombre es descrito ejerciendo el rol social de guarda de los valores morales del discurso patriarcal que restringe a la mujer induciendo su pasividad:

Nunca más, tronó mi padre, Sola entre un automóvil con un tipo nunca más porque no te lo permito, y ella se sorprende de que la voz del padre esté tan exaltada, tan perturbada, nunca antes había yo hecho algo que lo estremeciera [...]. Y de repente bastó con que yo hiciera lo que hice para ganar la atención y el celo de mi padre, para hacerlo vibrar, para no dejarlo pensar en nada que no fuera mi salida de noche y mi cumplimiento estricto de sus órdenes, Si llegas tarde es porque no me respetas. Yo te respeto, padre [...]. Esta vez su furia contenida ha aumentado [...] no lo suficiente como para que me pegue.⁴

4. Laura Restrepo, *Delirio*, Madrid, Santillana, Punto de Lectura, 2006 [2004], 3a. ed., pp. 188, 190, 192.

Las figuras paterna y materna se conducen bajo la reproducción de una idea homóloga de lo sexual, en tanto tabú, que aún en la década de los años ochenta, del siglo pasado, dominaba el imaginario social: “en esa ocasión le salió de adentro esa especie de horror por la sexualidad de los demás que siempre ha marcado su vida, que a lo mejor también es horror por la sexualidad propia, no sería de extrañar, pero lo primero, esa compulsión a censurar y reglamentar la vida sexual de los otros [...] Es una especie de fuerza más poderosa que todo y que viene en la sangre, una censura inclemente y rencorosa hacia la sexualidad en cualquiera de sus expresiones como si fuera algo repugnante”.⁵

La diégesis describe algunas erecciones que, de acuerdo con la investigación de Chouciño (2008), se eliminan de la mayor parte de las representaciones culturales. La narración subvierte la percepción tradicional del cuerpo masculino y presenta a través del hecho cotidiano, la homología simbólica entre sexo masculino y autoridad:

[...] estuvimos conversando sin salir del carro mientras comíamos perros calientes en el Crem Helado, hasta que él sacó del pantalón su Gran Vela Blanca, Agustina no la vio en la oscuridad de la calle desierta, no la miró con sus ojos de la cara que se negaron a verla, pero la vio con su mano y supo que era enorme y que tenía la textura de la cera, luego tuvo que soltar aquello para alcanzar a llegar a casa justo a la media noche tal como se había comprometido con el padre. [...] y ella, que no quiso confesarle que había conocido eso, se preguntó si también lo tendría el padre y si ese era su Gran Bastón de mando. [...] y esa segunda vez fue con otro muchacho, que sí la llevó al cine, y Agustina le pidió que le dejara tocar la Gran Vela, Él me dejó y esta vez ardía, ya no tenía la textura de la cera sino que ardía y me quemaba la palma, y Agustina regresó. [...] y a todos les pedía que me dejaran tocarles la Gran Vela y así aprendí que las había de muchas clases y tamaños, unas ardientes y otras frías, unas veloces y otras lentas [...] solo con poner la mano en la Gran Vela de todos los que me llevaban al cine o al Crem Helado de la calle 100 yo pude asegurarme de que el padre estuviera atento y pendiente de mí [...].⁶

El género se manifiesta así, como una relación de dominación legitimada por la sociodicea masculina. Es una construcción social naturalizada en

5. *Ibíd.*, p. 217.

6. *Ibíd.*, pp. 188, 189, 191.

el universo cotidiano de los sujetos, a través del aparato educativo que infunde unas formas “de manejar el cuerpo que contienen una ética, una política y una cosmología”. De esta manera se garantiza la división constitutiva del orden imperante y las relaciones de dominación y explotación instituidas entre lo masculino y lo femenino, e inscritas en los cuerpos a través de *hexeis* corporales. Estas inscripciones o disposiciones registradas son las que permiten a la fuerza simbólica operar sin coacción física y de forma “invisible e insidiosa, a través de la familiarización insensible con un mundo físico simbólicamente estructurado y de la experiencia precoz y prolongada de interacciones penetradas por unas estructuras de dominación”.⁷ Así funciona lo que el sociólogo francés denomina biologización de lo social. Para Chouciño (2008), citando de Judith Butler (1990) su trabajo *Gender Trouble* sobre el sexo como construcción ideativa no biológica y materializada en el tiempo, la noción de género modela la vida social y cultural, y esta asociación a lo biológico construye el sentido de trazos invariables que definen al hombre y a la mujer como tales. Aun los rasgos de la personalidad y los comportamientos son socialmente construidos.

Esencialmente, la masculinidad funciona como una categoría de diferenciación que rechaza lo femenino o la feminización de lo masculino. Pero el género, señala Chouciño siguiendo a Kimmel (*The Gendered Society*, 2000) y Teresa de Laurentis (1987), encierra no solamente una diferencia, sino también una noción de poder o dominio y jerarquías. En el sistema androcéntrico “una identidad masculina definida” es un “valor cultural”, nos dice Chouciño (2008); entonces, citando a J. Weeks (*El malestar de la sexualidad*), por oposición, lo femenino amenaza al orden patriarcal. Esta actitud masculina de rechazo y la identificación de lo femenino con lo emocional, se registra en *Delirio*: “Todos queríamos alzar a la recién nacida de Aminta, menos Carlos Vicente y Joaco que contemplaban la escena desde su distancia de hombres que juegan ajedrez y no se inmiscuyen en cosas de mujeres”.⁸

La voz narradora describe la figura paterna reaccionando violentamente ante una demostración afectiva de su hijo menor. Todos los elementos femeninos, expresados en los cuerpos de los hombres, son rechazados:

7. P. Bourdieu, *La dominación masculina*, 2007, pp. 54-55.

8. L. Restrepo, *Delirio*, p. 219.

[...] se levantó sorpresivamente del sillón con los ojos inyectados en furia y le dio al Bichi un patadón violentísimo por la espalda a la altura de los riñones, un golpe tan repentino y tan feroz que mandó al muchacho al suelo [...]. Y enseguida vimos que Carlos Vicente padre se iba hacia Carlos Vicente hijo, que seguía boca abajo en el piso, y le daba otro par de patadas en las piernas mientras lo imitaba, Ay qué cosita más bonita, caramba, Ay qué cosita más bonita, ¡Hable como un hombre, carajo, no sea maricón!⁹

Lo “natural” o “normal” es la acción posesiva-activa del hombre y la sumisión de la mujer. Las expresiones andróginas en tanto no manifiestan la categoría de dominación (clara diferenciación de lo femenino) no pueden ser aceptadas: “l’homosexualité, qui implique une domination de l’homme par l’homme, est considérée, sinon comme une maladie mentale, du moins comme un désordre de l’identité de genre».¹⁰ Estas expresiones se marginan de la construcción ideativa “virilidad”, negando la posición de dominación en sus cuerpos. Un hombre que replica emociones “propias de las mujeres”, es un hombre “mutilado” (para usar la noción de Badinter) privado del sexo, el símbolo de su virilidad, pues no puede “poseer a la mujer”, por lo tanto será rechazado en el orden patriarcal. Sin embargo, para la socióloga francesa, tanto el heterosexual y el homosexual experimentan la mutilación psicológica que impide la conciliación de lo femenino y lo masculino en la entidad ontológica:

[...] l’homosexuel est le type même de l’homme mutilé. Mais depuis que l’on remet en question les normes patriarcales, on s’aperçoit que la mutilation concerne moins le sexe et la préférence sexuelle que l’identité. Homosexuels ou hétérosexuels sont sujets à deux sortes de mutilations psychologiques qui peuvent les atteindre également. La première est l’amputation de sa féminité. Elle engendre l’homme dur, le machiste qui ne s’est jamais réconcilié avec les valeurs maternelles. La seconde concerne l’absence de virilité constatée chez nombre d’hommes élevés par leur mère et orphelins de père.¹¹

9. *Ibid.*, p. 220.

10. Elisabeth Badinter, *XY de l’identité Masculine*, Paris, Editions Odile Jacob, 1992, p. 149.

11. *Ibid.*, p. 193.

Delirio describe la figura paterna en su papel de conductor, depositario y replicador de los estándares masculinos (opuestos a lo femenino) para la aconditacion de los otros cuerpos masculinos bajo su cuidado: “Su tragedia era su hijo menor, el Bichi, un niño inteligente, imaginativo, dulce, buen estudiante, todo lo que se pueda esperar de un hijo y más, pero con cierta tendencia hacia lo femenino que el padre no podía aceptar y que lo hacía sufrir [...] vivía convencido de que en sus manos estaba la posibilidad y la obligación de corregir el defecto y enderezar al muchacho”.¹²

La figura materna conciente el dominio androcéntrico y la imposición de la visión patriarcal sobre la homosexualidad, fuertemente grabada en su hijo mayor que es descrito bajo la misma lógica de rechazo a la feminización de lo masculino:

[...] hay que hacer de cuenta que no se oyeran los gritos de Joaco cuando en la biblioteca le advertía a su madre que si el Bichi llega a Bogotá con ese novio que tiene en México, ni el Bichi ni su puto novio van a pisar esta casa, ni esta ni la de la Cabrera ni la de tierra caliente, Porque si se acercan los saco a patadas, y tu madre, que también grita pero menos fuerte, repite una y otra vez la misma frase, Cállate, Joaco, no digas esas cosas horribles que el Bichi tenga su novio, y no que Joaco saque al Bichi y a su novio a patadas.¹³

De esta manera, lo femenino, en la representación dominante masculina, es el soporte, la ‘materialización’ de valores negativos. Esa materialidad, o construcción práctica “de las estructuras cognitivas que organizan los actos de construcción del mundo y de sus poderes”, en la cual el orden hegemónico garantiza su dominación, más que “un acto intelectual consciente, libre y deliberado de un sujeto aislado, es en sí mismo el efecto de un poder, inscrito de manera duradera en el cuerpo de los dominados bajo la forma de esquemas de percepción y de inclinaciones (a admirar, a respetar, a amar, etc.) que hacen sensibles a algunas manifestaciones simbólicas del poder”. [El] “principio de visión dominante no es una simple representación mental [...], ‘una ideología’, sino un sistema de estructuras establemente inscritas en las cosas y en los cuerpos”.¹⁴

12. L. Restrepo, *Delirio*, p. 110.

13. *Ibid.*, p. 236.

14. P. Bourdieu, *La dominación masculina*, pp. 56-57.

La masculinidad, como construcción social, es una noción asociada a la fuerza física. Es interesante el rastreo que hace J. Corominas en el *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*. Señala que el adjetivo *viril*, es tomado del latín *virilis*, ‘masculino’, ‘propio del hombre adulto’, ‘vigoroso’, derivado de *vir*, *virī*, ‘varón’; *virilia* que significa ‘partes viriles’; *vires* o ‘fuerzas’ y *vires* en relación a ‘los testículos’. La palabra *virtud* se asocia a *viril*, y ya es usada en *Cantar de Mio Cid* (*vertut*), y en los *Fueros de Aragón* y *Tilander*. *Virtos*, está relacionado con ‘huestes, fuerzas militares’ que es el sentido dado en la Biblia. También, *virtud*, del latín *virtus*, está ligada a la noción ‘fortaleza de carácter’. Igualmente *macho*, que proviene del latín *masculus*, es un adjetivo asociado al ‘sexo masculino’ y “es una palabra de uso general en todas las épocas y común a todos los romances”.¹⁵ Respecto a las denominaciones VIR y la de mayor circulación, HOMO, Chouciño señala que esos usos lingüísticos son fundamentales para sostener la creencia en el sistema subrayando “la estructura material del poder”, pues la idea de virilidad, en el imaginario colectivo, señala la fortaleza de los hombres de la élite, es decir, “los ricos y los poderosos”.

El rastreo de figuras masculinas en la literatura, realizado por Chouciño, demuestra que el arquetipo masculino “viril” se observa ya en *La Araucana* (Alfonso de Ercilla, 1569, 1578 y 1589) que describe lo militar y lo intelectual como propio del género dominante. Pero es hacia el siglo XVIII que la idea de masculinidad comienza a funcionar, dentro de los productos culturales, relacionada con las cualidades y valores que definían la identidad masculina en contraposición a lo femenino. En la tradición del sistema cultural occidental binario, es frecuente el uso de imágenes para caracterizar lo masculino con las ideas de actividad / cultura / razón y a las mujeres con nociones de pasividad / naturaleza / emoción. Respecto a este binarismo excluyente, Elisabeth Badinter concluye que “la définition du genre implique spontanément la sexualité: qui fait quoi et avec qui?” [Por lo tanto] “l’identité masculine est associée au fait de posséder, prendre, pénétrer, dominer et s’affirmer, si nécessaire, par la force. L’identité féminine, au fait d’être possédée, docile, passive, soumise. «Normalité» et identité sexuelles sont inscrites dans le contexte de la domination de la femme par l’homme”.¹⁶

15. J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, v. III, IV, Berna, Editorial Francke, 1954.

16. E. Badinter, p. 149.

Bourdieu entiende la virilidad “como capacidad reproductora, sexual y social” y a su vez “como aptitud para el combate y para el ejercicio de la violencia”. Ella “tiene que ser revalidada por los otros hombres, en su verdad como violencia actual o potencial [...] para obtener actos tales como matar, torturar o violar, la voluntad de dominación, de explotación o de opresión se ha apoyado en el temor “viril” de excluirse del mundo de los “hombres” fuertes [...]. [...] la virilidad es un concepto eminentemente relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de miedo de lo femenino, y en primer lugar, en sí mismo”.¹⁷

La narración enfoca la aceptación de la violencia física masculina para preservar la unidad de la estructura familiar, que es garantizada por la presencia del padre:

[...] nunca más te vuelve a pegar mi padre porque yo lo voy a impedir [...] hermanito, tienes que darle el perdón a las manos malas de mi padre porque su corazón es bueno, tienes que perdonarlo [...] porque de lo contrario se larga de la casa y la culpa va a ser tuya [...] tú tienes que prometerme que aunque mi padre te pegue vas a perdonarlo, mi padre dice que es por tu bien y los padres saben cosas que los hijos no saben. [...] Porque al Bichi siempre se la monta el padre, se la tiene jurada pese a que es el menor, en cambio a Joaco no, Joaco es mi otro hermano, el mayor de nosotros tres, y a él mi padre ni le pega ni desaprueba lo que hace pero sí su mismo espíritu, y el hijo lo mira confiado.¹⁸

El maltrato físico del padre es aceptado por los miembros de la familia. El hombre es descrito como la encarnación del juicio y la sanción a través de una ira justificada, santa en su relación al universo simbólico religioso:

[...] tienes que comprender a mi padre cuando te lo reprocha, porque razón no le falta. [...] porque hubieras preferido mil veces ser recio y un poco feo como ellos, es decir como Joaco y como mi padre. Angel Face, le dicen al Bichi de tan lindo que es, y la tía Sofi le dice Muñeco pero al padre no le hace gracia, sino que por el contrario le irrita el genio. [...] Cada vez que el padre le pega al hermano menor tiene lugar la ceremonia [...] tú la víctima sagrada, tú el chivo expiatorio, tú el Agnus Dei; con las nalgas todavía rojas por las palmadas que te dio mi padre, tú, que eres

17. P. Bourdieu, *La dominación masculina*, pp. 68, 70-71.

18. L. Restrepo, *Delirio*, pp. 13, 14, 25.

el Cordero, te bajas los calzoncillos para mostrarme el daño [...]. [...] lo que vine a decirte es que esta noche mi padre te pega. [...] no hagas nada que enfurezca a mi papi, Es que no sé, Tina, qué es lo que lo enfurece, Todo lo enfurece Bicho, no hagas nada porque todo lo enfurece.¹⁹

De una forma novedosa, el texto se ocupa de describir la percepción femenina de lo masculino como autoridad (ejerciendo una violencia “legítima”) que deviene de un imaginario religioso. La figura paterna conduce el universo privado, que vendría a ser la duplicación de la división clero/laos de la visión judeocristiana, y representa vicariamente; está en lugar de la divinidad patriarcal, o es ella misma:

Entonces llegó el día de la gran ira del Padre [...] por su grandísima culpa está tirado en el piso y sobre él llueven las patadas del Padre [...] cuántas veces no te lo advertí [...] que no contrariaras la voluntad del Padre, ¡Hable como un hombre!, te ordenó y cuando lo hizo se volvió una bestia poderosa y erguida ante ti, que no eras más que un niño golpeado en el suelo [...]. Hable como un hombre, te ordenaba y su ira era justa y temible y llenaba la casa, luego él mismo se echó hacia atrás, el propio Padre asombrado de su fuerza y del rigor del castigo. [...] no tenías la voz de hombre que exigía el Padre para decir tus verdades. [...] el Padre ha quedado exhausto después de cumplir su sagrado deber de castigar al hijo, ahora está en la sombra y ha perdido su protagonismo porque es el hermano menor, el Cordero. Y me paró en seco el grito del Padre, Déjenlo solo, a ver si por fin aprende, ordenó y Agustina obedeció, se quedó quieta donde estaba, hincada de rodillas, Yo acato tu Voluntad, Padre, no descargues tu ira también sobre mí, ya se retiró el Cordero que enfadaba al Padre, el Padre ya puede sentarse de nuevo y retomar la partida de ajedrez con el hermano mayor en el punto en que la suspendió para ejecutar el Castigo. [...] las órdenes del Padre indican que en casa todo sigue igual [...] ²⁰

Esta percepción (y la mayoría de las descripciones de los cuerpos masculinos) es registrada por la voz de una narradora “delirante”. Es en ese discurso que se produce la deconstrucción de la figura del padre todopoderoso, descubierto en una infracción del orden moral, y se subvierte el fundamento religioso que sustenta el orden patriarcal occidental, la noción alto/bajo, superior/inferior, que es la esencia misma de la idea de dominación:

19. *Ibid.*, pp. 39, 53, 54.

20. *Ibid.*, pp. 220-221, 223.

Yo no estaba dentro de mi cuerpo cuando la mirada triunfal del hermano menor se clavó en la madre, esperando que ella colocara sobre sus rizos la corona del heredero porque acababa de derrotar al Padre, allí estaban, ante los ojos de la madre, las pruebas del desamor del Padre, del engaño del Padre [...] por fin se haría justicia y el Padre traidor sería expulsado del reino, el hijo menor, el Cordero, clavó sus ojos inmensos en los de la madre. [...] quería derrotar la autoridad del Padre que hería y doblegaba, expulsar al Padre y derretir la astilla de hielo en el corazón de la madre, el Bichi, el Cordero, el Lastimado en la Espalda nos miraba desde lo alto. [...] se abrió la caja de Pandora y las Furias se desataron, el Padre quedó demudado, por primera vez el Padre era más pequeño que un enano [...].²¹

El discurso referencia una sociedad construida sobre los valores masculinos que niega otras formas de concebir el orden de la vida cotidiana. La ausencia o presencia del hombre en el universo privado del hogar, posibilita su funcionamiento o la desestabilización del mismo y la realización o fracaso de los individuos en esa estructura. El hombre (detalladamente masculino en su dimensión corporal) es definido como la manifestación de una fuerza autoritativa aglutinadora y cohesiva que produce el equilibrio en “el paraíso” familiar:

[...] en eso se me fue la infancia, en hacer fuerza y en acumular poder para impedir que mi padre se fuera de casa. [...] casi siempre lo oye pelear con su madre y amenazarla con las mismas palabras, que si tal cosa me largo, que si tal otra me largo. [...] y ante todo Agustina no quiere que su padre se largue porque cuando está aquí y está alegre es lo mejor del mundo. [...] y yo lo idolatro aunque a mí mucha atención no me presta. [...] Pero el padre cierra bien la casa y la hija le dice sin palabras Tú eres el poder, tú eres el poder verdadero y ante ti yo me doblego [...].²²

En el personaje femenino se abre un campo de conciencia que permite la descripción y evaluación negativa de la dominación masculina, pero en su racionalización niega todo acto subversivo por temor a perder la figura que sustenta el “orden natural” del estrato privado: el padre. Restrepo refracta esa sumisión consentida de lo femenino a lo masculino e interiorizada corporalmente, además de la construcción arbitraria de la diferencia:

21. *Ibíd.*, pp. 226, 227.

22. *Ibíd.*, pp. 78-80.

[...] yo detesto que mi padre utilice contra mi hermanito su mano potente, dice Agustina. Pero es que tampoco resisto la idea de que mi padre se vaya de la casa, A ver, nena, nena, no se deje pegar, conteste, defiéndase, pégueme más duro usted a mí, le dice con sorna mi papá al Bichi mientras lo acorralla a cachetaditas, como retándolo, y yo ¡sí, Bichito, dale!, ¡dale, Carlos Vicente Junior, defiéndete con cojones!, qué ganas de que por fin contestes con toda la furia de tus testículos y de tus hormonas y que le revientes a mi padre esas narices grandes que tiene, que le rompas aunque sea un poquito la boca a ver si por fin se da por satisfecho y se siente orgulloso de ti [...] pero el Bicho es débil [...] solo sabe aguantar y aguantar hasta que ya no da más y entonces se sube a su cuarto a berrear, como una nena. Ahí es cuando todo mi odio se vuelca contra mi padre y quiero gritarle a la cara que es una bestia, un animal asqueroso, un verdugo, que es un cobarde que maltrata a un niño. [...] el pánico se apodera de mí, y entonces pienso que tal vez a mi madre le suceda lo mismo, que soporta lo que sea con tal de que mi papi no la deje.²³

En la “representación” del cuerpo masculino que *Delirio* configura, se establece una subversión de los tópicos y lugares comunes que la literatura ha utilizado para abordar la figura masculina. El hombre descrito por Restrepo es objeto y vehículo de la violencia simbólica y fáctica del sistema androcéntrico, en un espacio focalizado como el contexto colombiano. Si bien, esta productora modeliza una imagen que subvierte las imágenes masculinas tradicionales (en el caso de este primer texto abordado) hay en los discursos citados (de otras producciones) descripciones que insertan y reproducen el imaginario racial:²⁴ los ideogramas o palabras-concepto /negro/ /mestizo/ /mulato/ /indio/. Se observa, también, la construcción de los actantes en relación a una descripción racial con los registros vegetales, minerales y la zoomorfización de los sujetos sociales (del margen) bajo la diferenciación corporal.²⁵ La separación, o la diferencia, ha sido creada con la fijación de estos ideosemas (“mulato”, “mestizo”) y esta diferencia ha tomado la categoría de identidad, es decir, como fundamento del discurso

23. *Ibid.*, pp. 87-88.

24. Entendido como subtexto estructurante de los discursos identitarios introducidos en América y el Caribe entre los siglos XV y XIX. Victorien Lavou, en: *Séminaire Master II Recherche. L'imaginaire racial comme sous texte structurant des discours identitaires: Amériques/Caraïbes (XV-XIX)*, Perpignan, Spanish Department, CRILAUP, Université de Perpignan Via-Domitia, 2009. (Lavou Zoungbo, 2003, 2007).

25. *La construction sociale des corps*, P. Bourdieu, 1998.

identitario. Estos ideogramas son paratexto estructurante de tres de sus producciones culturales: *Leopardo al sol* (1993) –paratexto zoomorfizador–, *Dulce compañía* (1995), *La novia oscura* (1999) –paratexto racial–, y *La multitud errante* (2001).

Delirio registra ciertas referencias literales de la violencia simbólica que es asumida y consentida por el dominando, fijada a través del abuso del poder discursivo²⁶ o el “principio simbólico”, con el cual se puede entender la lógica de la dominación:

«connu et reconnu par le dominant comme par le dominé, une langue (ou une prononciation), un style de vie (ou une manière de penser, de parler ou d'agir) et, plus généralement, une propriété distinctive, emblème ou stigmaté, dont la plus efficiente symboliquement est cette propriété corporelle parfaitement arbitraire et non prédictive qu'est la couleur de la peau».²⁷

Finalmente, el lenguaje nos antecede, la palabra nos construye, nos performa.☼

Fecha de recepción: 7 diciembre 2009

Fecha de aceptación: 1 febrero 2010

Bibliografía

- Badinter, Elisabeth, *XY de l'identité Masculine*, Paris, Editions Odile Jacob, 1992.
- Bourdieu, Pierre, *La domination masculine*, Paris, Éditions du Seuil, 1998 et septembre 2002, 2006.
- *La dominación masculina*, Barcelona, Editorial Anagrama, Colección Argumentos, 2007, 5a. ed.
- Corominas, J, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, v. III, IV, Berna, Editorial Francke, 1954.
- Chouciño, Ana Gloria, *Representaciones de la masculinidad en la novela hispanoamericana*, Santiago de Compostela, USC, Clases magistrales, segundo semestre, 2008.

26. Teun van Dijk, *Discurso, poder y cognición social. Conferencias. Cuadernos No. 2 de la Maestría en Lingüística*, Bogotá, Escuela de Ciencias del Lenguaje y Literaturas de la Universidad del Valle, 1994.

27. P. Bourdieu, *La domination masculine*, Paris, Éditions du Seuil, 1998 et septembre 2002, 2006, p. 12.

- Guillén, Claudio, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (Ayer y hoy)*, Barcelona, Tusquets Editores, 2005.
- *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets Editores, 2007, 2a. ed.
- Lavou Zoungbo, Victorien, *Du «Migrant nu» au citoyen différé. «Présence-} histoire» des noirs en Amérique Latine*, Collection Études, Presses Universitaires de Perpignan, 2003.
- *Outsidering. Liminalité des Noir-e-s Amériques-Caraïbes*, Collection Études, Presses Universitaires de Perpignan, 2007.
- Restrepo, Laura, *Leopardo al sol*, Bogotá, Alfaguara, 2007 [1993].
- *Dulce compañía*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1995.
- *La novia oscura*, Bogotá, Alfaguara, tercera reimpresión, 2007 [1999].
- *La multitud errante*, Bogotá, Editorial Planeta, 2007 [2001].
- *Delirio*, Madrid, Santillana, Punto de Lectura, 2006 [2004], 3a. ed.
- Van Dijk, Teun, *Discurso, poder y cognición social. Conferencias. Cuadernos No. 2 de la Maestría en Lingüística*, Bogotá, Escuela de Ciencias del Lenguaje y Literaturas de la Universidad del Valle, 1994.
- *Discurso y dominación*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Grandes Conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas, No. 4, 2004.
- *Discurso y manipulación: Discusión teórica y algunas aplicaciones*, en revista *Signos*, v. 39, No. 60, Valparaíso, 2006.